

EL FUEGO Y EL LABERINTO

AGUSTÍN DÍAZ PACHECO

Instantes después de que las agujas del tiempo cosieran el giro en la sorpresa de otro círculo, algunos viandantes osaron el cuerpo en las soleadas y desérticas calles, inmóviles en lo no hallado, y dibujaron el cuadro en sustentos situados en los estoicos oasis de las plazas. Luego, con la resignación del que busca más allá de lo que las redes lanzadas desde los balcones del cerebro creen atrapar, proseguían la flexión secreta de los pies, estribados en acercarse a la cara oculta de El País de los Siete Goznes, adentrarse en el centro, en plena y misteriosa luz oscurecida por el envés.

Habían tenido siempre una puerta ante sí, cuyos goznes insistían en su misma réplica. Mientras que el primero y el séptimo obedecían los mandatos de su posición, los restantes lo hacían en sentido contrario. La solución podía ser entregada: retirar el primero y el séptimo, pero ambos estaban unidos al aire, encajadas las espirales entre tanta aquietada transparencia. (Las cuatro espirales metálicas que aseguran cada gozne han sido hechas, en el fulgor que expide la plata, por un artesano, quien habla en idioma extraño, inaccesible cuando se intenta aprender. Hombre fornido, de misteriosa edad y cuyo rostro se oculta tras una máscara que tiene la forma del Sello de Salomón.) Abrir la puerta que sostenía El País de los Siete Goznes, llegar al centro, atrincherado entre las sinuosas habilidades del dédalo, suponía un reto. Exigía paciencia, aconsejaba silencio, imponía perseverancia, invitaba a la reflexión. Cuatro cualidades respetadas por algunos viandantes. De ahí que la puerta continuase prendida del aire, esperando mano diestra, riesgo en la voluntad dado que no tenía cerradura.

La puerta es de madera, gruesa caoba venida de los sinfónicos bosques del Sur del Sur, tallada por vertiginosas lluvias, caricias de reverenciados dioses y exuberantes calores. Todo a su alrededor era espesa niebla, infranqueable y con la aristocracia de las murallas, y los que intentaron trepar por la puerta, subirse a lo más alto, cayeron en el abismo. Al otro lado de la puerta parecía estar el marjal, el vacío, el sigilo, la nada. Tal vez un valle, lo suficientemente profundo como para extremar el miedo, temible cual la pregunta desvanecida por un caballero medieval, se abría entre tanta espesura.

Viandantes que aman la noche porque pueden refugiarse en su infinita sombra, intentan tender un

puente, pero las disputas tejidas en largas e insensatas discusiones, aconsejan retirar la escalera horizontal.

La mayor parte de los habitantes de El País de los Siete Goznes duermen durante el día. Sin inquietar la postura, posición egoísta de las formas, desdén del ánimo. Por la noche vuelven los besos internos en parajes donde se derrocha el amor, los templos de salud detienen la atención en jeringuillas eyectoras, en las calles y plazas cada cual habla lo que le viene en gana, traicionando la razón misma de la palabra pronunciada, en los campamentos militares afanan repetidos e inútiles órdenes cerrados, las meretrices dictan sentencias morales, los hipócritas exhortan a la sinceridad, los obispos se prostituyen en el cinismo aprendido en confesionales titubeos dichos a medias, los vigilantes digitados por los vigilados descuidan sus obligaciones, cegados por la ambición y la balanza donde pesar el fruto de tantas codicias, y hasta en las universidades se confunde a Hegel con Engels.

Un espejismo del País de Cucaña.

La puerta continúa herméticamente cerrada.

Cuando llega el día, la gente se retira a sus dormitorios. Vuelven las dudas, cesa el fragor de noches desdénadas por hombres y mujeres, y los viandantes se interrogan en la hondura interior de los hemisferios distanciados por un prodigioso hierofante. Hasta que tensan el espíritu.

Se reunieron a la sombra de las gárgolas de una catedral. Charlaban, desprovistos de toda arrogancia, y decidieron esperar que regrese el invierno, el frío, las tempestades verticales, el vapor anublado, la luz acosada. Desearon que el invierno vomitara agua, y el anhelo conjurado para que amamantara la fecundidad, anegar el valle que podía estar al otro lado de la puerta y cuya extensión sólo era conocida por la tierra.

Pero nació otra duda. ¿Cómo abrir la puerta en un país donde la abulia llegaba a la condición de arte? Sólo la complicidad de algunos viandantes podía desterrar la inactividad, el bostezo, la pereza mental. Fue cuando pensaron en el fuego, con él iluminarían la noche, quebrarían la madera, hasta internarse más allá de la puerta.

El fuego llegó encerrado en la música de una tormenta. Ardió un bosque donde sólo se internaban algunas personas, apresuraron las antorchas, teas imantadas de luz, llamas protegidas para poner a buen re-

caudo el fuego y que el agua no talara su esplendor.

Tardaron más días de lo previsto en acercarse a la puerta.

Tenían que sortear a los indiferentes habitantes de la noche.

Continuaba lloviendo.

El fuego era aproximado a la madera.

La puerta parecía estar suspendida en el aire, los goznes se oponían entre sí, la madera era besada por los rojos labios del fuego. Continuaba lloviendo. El valle debía estar inundado. La tierra despedía lodo y ancestral aroma la humedad. Acordaron juntar las teas, hachones hambrientos, fuego deleitándose en abrirse paso. Cuidaron que el círculo no fuera muy grande, que las llamas no destruyeran toda la puerta, sólo lo imprescindible para salir, partir más allá de lo que se desea. Abrazar el agua, navegar hasta llegar al otro lado de la puerta.

Lograron el propósito y escogieron la hora. Las ocho de la noche.

Fueron saliendo a través del círculo. Unos, nadaron; otros, se acogieron al asilo móvil de pequeñas em-

barcaciones. El tiempo parecía haberse detenido, y la noche, inmensamente oscura, veía llover. Gotas como ojos miraban el valle.

Continuaron adentrándose, subidos ya todos a las embarcaciones. Estaban exhaustos, tiritando de frío. Llegar era algo más que una simple idea de la cual se podía prescindir en cualquier desgana.

No sabían cuántas las horas transcurridas.

A algunos de ellos les pareció divisar una tenue orilla, salpicada de niebla. Después, tras escrutar una distancia inaprehensible, creyeron contemplar una sombra edificada por la luz. Las agujas del tiempo volvieron a coser la sorpresa de otro círculo. Contuvieron la respiración. Se miraron entre sí. Creían estar ante otra puerta, idéntica a la anterior, como suspendida en el aire.

Sólo observaron dos goznes, bastante distanciados el uno del otro. El primero y el séptimo. Más tarde pudieron ver los cinco restantes. No atrevieron el dialecto cómplice del reto, la búsqueda, el encuentro. Por sus mentes, en el inmemorial bosque de la memoria, se reflejaba la espejeante exactitud de la puerta que había quedado atrás.